

LA ESTRATEGIA DEL GENERAL SAN MARTIN EN EL PERU Y SUS ENSEÑANZAS (*)

Por el Coronel (R. A.) Leopoldo R.
Ornstein.

Para comprender mejor la estrategia aplicada por el general San Martín en el Perú, es preciso remontarse al origen de la misma en un brevísimo enfoque, dado que ella es una etapa, la segunda, de la trayectoria continental surgida de su genial concepción.

Cuando el general San Martín fue nombrado comandante en jefe del Ejército Auxiliar al Alto Perú, en los comienzos del año 1814, procedió a estudiar por primera vez la situación estratégica de la revolución argentina.

En las dos campañas efectuadas hasta entonces en esa frontera, los objetivos políticos fijados por el gobierno de Buenos Aires se reducían a recuperar los territorios, que al producirse el movimiento de Mayo, constituían los confines septentrionales del Virreynato del Río de la Plata, razón por la cual las operaciones militares se habían orientado en procura de la ocupación de los mismos, arrojando fuera de ellos a las fuerzas realistas.

San Martín apreció que, aparte de los cruentos sacrificios que una tan limitada finalidad imponía, ésta no garantizaría la independencia argentina, la que, en su opinión, no podría consolidarse mientras no se destruyese la base principal de la

(*) Conferencia pronunciada en la Escuela Superior de Guerra.

resistencia enemiga, radicada en el Perú, que era la que alimentaba todos los frentes de operaciones.

En consecuencia, había que llegar cuanto antes al mismo corazón del Perú y asestar allí el golpe mortal a la dominación española. De lo contrario, la guerra se prolongaría indefinidamente y día llegaría en que, resueltos los problemas políticos que aherrojaban a la monarquía peninsular, arribarían a las costas americanas fuerzas expedicionarias españolas suficientemente poderosas como para someter nuevamente a los nacientes estados americanos y extirpar de raíz futuros gérmenes revolucionarios.

El acceso al Perú, a los fines señalados, sólo era factible por dos líneas de operaciones: la del Alto Perú, utilizada desde 1810 hasta ese momento, y la de Chile, cruzando previamente la Cordillera de los Andes, para proseguir luego por la vía marítima.

La primera había demostrado ya la esterilidad de todo esfuerzo tendiente a lograr el objetivo final por ella. La extensión de la región a recorrer y la particular configuración montañosa del territorio alto peruano, no favorecían en modo alguno el desarrollo de operaciones ofensivas. Así quedó evidenciado cada vez que los patriotas trataron de avanzar hacia el N. El terreno, de predominante fisonomía montañosa, permitía al enemigo substraerse maniobrando en retirada para ocupar sucesivas posiciones defensivas sumamente fuertes, que obligaban a los independientes a desgastarse en forzosos ataques frontales, a alargar desmesuradamente sus líneas de comunicaciones, disminuyendo paulatinamente sus efectivos combatientes por las exigencias del reabastecimiento. Momento llegaba entonces en que, debilitados los patriotas y desventajosamente colocados por tantos factores adversos, surgía para sus enemigos la oportunidad de asestar golpes certeros en sendas contraofensivas, que se traducían en otras tantas derrotas. Las batallas de Huaqui, Vilcapugio, y Ayohuma acababan de demostrarlo.

Por lo tanto, insistir nuevamente en buscar la decisión por

ese camino significaba para San Martín “arrojar hombres y dinero al pozo de Ayrón”, tal como se lo expresó a Nicolás Rodríguez Peña en su famosa carta del 22 de abril de 1814. Esta predicción se cumpliría un año más tarde con el desastre de Sipe-Sipe, al persistir el gobierno porteño en operar por esa línea con una tercera expedición dirigida por el general Rondeau.

La otra línea de operaciones, la de Chile, presentaba también dificultades considerables. Para eliminar a las fuerzas españolas del país trasandino, era preciso franquear primero una de las más elevadas cadenas montañosas del Globo, conduciendo un ejército por un verdadero desierto de granito, carente de recursos, de transitabilidad sumamente dificultosa, y atacar luego a los realistas de Chile de manera que fuese a éstos imposible eludir la batalla decisiva. Una vez logrado este objetivo previo, que constituía la primera etapa de la concepción estratégica sanmartiniana, habría que crear una escuadra para conquistar el dominio del Pacífico y, mediante el concurso de fuerzas chilenas, transportar un ejército más poderoso al Perú. Así se pondría en ejecución la segunda etapa del plan continental.

El marco de las operaciones se ampliaba, pues, en forma gigantesca. Salvar la mole andina, librar batalla en los mismos desemboques de sus desfiladeros contra un ejército aguerrido y numéricamente superior, disputar a continuación el dominio del mar y trasladar el teatro de la guerra al ex imperio de los Incas, con ejércitos y escuadras inexistentes y que era preciso crear, era algo que trasponía los límites de lo concebible en la reducida visión estratégica de los generales americanos de la época. Sin embargo, este plan quimérico en apariencia, contaba con menor cantidad de factores adversos y mayores probabilidades de éxito que el aplicado hasta entonces en las sucesivas compañías al Alto Perú, como habría de demostrarlo más tarde la realidad de los hechos.

Esta primera etapa, que todos conocemos, demandó para su realización un año y tres meses, finalizando con el brillante broche de Maipo.

La victoria de Maipo modificó fundamentalmente el panorama de la guerra de la independencia americana. Su repercusión militar y política adquirió proyecciones continentales, que facilitaron la prosecución de la campaña hacia su fase decisiva. Aún más que las consecuencias estratégicas de este triunfo, fue su extraordinaria gravitación moral lo que cambió la fisonomía de la guerra. En efecto; a pesar de la derrota sufrida por los realistas en Chile, los ejércitos del Rey mantenían una superioridad numérica muy considerable sobre todas las fuerzas independientes que luchaban en esos momentos en los distintos teatros de operaciones del Continente. El Virrey de Nueva Granada, mariscal Juan Sámano, conservaba en su poder las provincias occidentales y meridionales de su jurisdicción y controlaba, simultáneamente, la situación militar en Venezuela, donde las legiones de Bolívar se desangraban estérilmente frente a las veteranas tropas de Morillo. Por su parte, el Virrey del Perú, general Joaquín de la Pezuela, dominaba todo el Bajo y Alto Perú con efectivos que alcanzaban por sí solos a 23.000 hombres, mientras su poderosa flota extendía su señorío por toda la extensión del Pacífico meridional.

Abriéndose, por lo tanto, para los realistas nuevas perspectivas en el campo estratégico con sólo combinar el empleo de sus fuerzas, que hasta ese momento actuaban totalmente desligadas entre sí. En la nueva situación creada, hubiera bastado ligar las operaciones de los ejércitos realistas de Nueva Granada y Perú, utilizando la cooperación de la escuadra, para asestar un golpe mortal al poderío militar de la Revolución. Tal posibilidad había quedado demostrada pocos años antes con menores esfuerzos, cuando el Virrey Abascal, predecesor de Pezuela, ahogó tan sangrientamente los gérmenes revolucionarios del Perú, reconquistó Chile y contuvo victoriosamente el avance de los ejércitos argentinos que pugnaban por abrirse paso a través del Alto Perú.

Pero el desaliento que dominó a los nuevos mandatarios españoles ante el desastre sufrido por sus armas en Maipo, como lo destacan sus propios historiadores, les hizo perder la noción

exacta del cuadro real de la guerra y el sentido de sus verdaderas posibilidades, siendo ellos los únicos responsables de la desmoralización que cundió en las altas esferas políticas y militares. Esta desmoralización indujo a los comandos realistas a cometer los siguientes errores, que repercutirían desastrosamente en la continuación de la guerra:

De parte del Virrey del Perú:

1) Renunciar a la ofensiva estratégica después de Maipo subestimando sus propias fuerzas y posibilidades, para mantenerse a la defensiva en el territorio del Perú.

2) Abandonar definitivamente el teatro de operaciones chileno, donde podía haber reforzado los núcleos realistas que se mantenían en las provincias meridionales de aquel país después de Maipo, cuando nada se oponía a que reemprendiese con mayores efectivos una campaña como la de 1817-18, que hubiera inmovilizado a San Martín en aquel territorio.

3) Condenar a la flota a una actitud pasiva, perdiendo las enormes ventajas que le reportaba el dominio del mar, cuando pudo desbaratar todos los preparativos navales de la futura expedición libertadora al Perú, anulando las primeras tentativas del almirante Cochrane, que sólo tuvieron éxito por la inactividad de aquélla.

4) Insistir en estériles operaciones ofensivas desde el Alto Perú contra el territorio argentino, donde había desaparecido toda amenaza, para terminar estrellándose contra las guerrillas de Güemes en su obstinación de alcanzar un éxito, cuya imposibilidad había quedado demostrada durante los ocho años transcurridos desde la iniciación de la guerra de la independencia.

De parte del Virrey de Nueva Granada:

1) No haber acelerado la derrota de Bolívar, volcando todas sus fuerzas en el teatro de operaciones de Venezuela, para extirpar todos los núcleos revolucionarios existentes en su jurisdicción y conquistar su libertad de acción, en lugar de retener importantes efectivos inactivos en Bogotá y Quito.

2) No haber establecido la cooperación con el Virrey del Perú, para armonizar todos los esfuerzos de los distintos grupos realistas. Especialmente, cabe señalar la pasividad del Virrey Pezuela durante los dos años y medio transcurridos desde la batalla de Maipo hasta materializar la invasión del Perú por los independientes. En ese intervalo, no hubiera sido difícil dar cuenta de Bolívar, si ambos virreyes hubiesen combinado sus operaciones. Mediante el desplazamiento hacia el N. de los 5.000 hombres inmovilizados en Quito, y de otros 10.000 extraídos de los 23.000 que guarnecían al Perú, reforzados con las tropas existentes en Colombia, el General Bolívar pudo ser tomado simultáneamente desde tres direcciones por efectivos realistas superiores a los 30.000 hombres. Una vez dominado ese foco, Pezuela, reforzado a su vez con fuerzas procedentes de Nueva Granada y Quito, hubiera quedado en libertad de acción para volcar sus esfuerzos por mar y tierra sobre Chile primeiramente, y luego sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin que ninguno de estos países hubiera podido reunir ni la tercera parte de aquellos efectivos para oponerse.

Este cuadro demuestra que la inactividad de Pezuela, al aislarse reduciéndose a una defensiva expectante con sus 23.000 hombres desparramados en la enorme extensión del suelo peruano, fue la causa principal del éxito sorpresivo de la ofensiva sanmartiniana contra aquel objetivo.

Pero, de cualquier manera, la realidad prueba la justeza de las apreciaciones de San Martín, al poner en evidencia que el camino marítimo del Perú era efectivamente el único que podía conducir a la victoria decisiva.

En cuanto a Bolívar, la victoria que obtuvo en Boyacá en agosto de 1819 y que ejerció una gravitación semejante a la de Maipo, produjo un nuevo cambio en el marco general de la guerra, puesto que ahora era posible establecer la cooperación entre los ejércitos independientes del Norte y del Sur, aprovechando la situación de los realistas colocados en la línea interior, de la que no supieron sacar partido favorable cuando las enormes distancias que separaban a ambos ejércitos revolucionarios no habían quitado a los peninsulares su libertad de acción.

Fue en esa oportunidad cuando el Libertador del Norte dio sus primeros pasos en procura de dicha cooperación anunciando a San Martín y a O'Higgins que iniciaba operaciones ofensivas sobre Quito, con órdenes de cooperar con las fuerzas de Chile y de Buenos Aires.

El cuadro de la situación que se presentaba a San Martín acababa, pues, de experimentar variantes muy favorables en su primera apariencia. Se trataba ahora de coordinar una gigantesca maniobra convergente de las fuerzas militares de ambas corrientes revolucionarias sobre los ejércitos realistas del Perú, que se hallaban diseminados en la siguiente forma:

Un ejército de 6.244 hombres en Lima, a órdenes del Virrey.

Un ejército de 6.000 hombres en el Alto Perú, al mando del general Juan Ramírez, quien había relevado recientemente al general José de la Serna.

Un ejército de reserva de 1.380 hombres en Arequipa, bajo el comando del general Mariano Ricafort.

Entre Quito y Guayaquil un ejército de 5.000 hombres.

Además, guarnecían las provincias septentrionales del Perú, entre Lima y Guayaquil unos 3.000 hombres, y cubrían la costa diversos destacamentos emplazados en una extensión de más de 1.000 km. cuyos efectivos alcanzaban a 1.263 hombres.

En total, los efectivos a disposición del Virrey del Perú en esas circunstancias ascendían a cerca de 23.000 hombres, sin contar las tropas derrotadas por Bolívar y que al retroceder hacia el S. se habían fortificado en la región de Pasto oponiéndose al avance de las fuerzas colombianas.

Pero, para organizar la expedición libertadora al Perú, el general San Martín debió afrontar insalvables dificultades, que en ningún momento le permitieron llevar su ejército al pie que necesitaba para poder operar con perspectivas de éxito. De ahí que sus planes con respecto a esta campaña debieron sufrir importantes modificaciones.

Los planes de operaciones.

El primer pensamiento que había animado al Libertador al proyectar su campaña al Perú, había sido el de dirigirse a Arequipa o a Cuzco, rechazando previamente al ejército de reserva de Arequipa, y operar desde allí en combinación con las fuerzas que Belgrano mantenía en el norte argentino, para destruir a continuación al núcleo enemigo del Alto Perú, es decir, al ejército realista del General Ramírez (6.000 hombres). Una vez derrotado este adversario, ambos jefes patriotas maniobrarían directamente sobre Lima.

Pero, evidentemente, esta operación entrañaba graves riesgos, puesto que, el tiempo exigido para batir primeramente al ejército de reserva de Arequipa, y operar luego en combinación con el general Belgrano cerrando el cerco sobre Ramírez, permitiría al Virrey Pezuela acudir oportunamente con los efectivos de Lima para atacar a los patriotas por retaguardia. Aparte de ello, contribuía a aumentar las dificultades la complicada topografía de la región, desértica y montañosa, carente de caminos y de recursos, que exigía largos recorridos, esfuerzos muy penosos, extensas líneas de operaciones sin bases adecuadas y el abandono del apoyo de la escuadra, dado que el mar quedaría sumamente alejado. En consecuencia, este plan debió ser modificado.

En realidad, la situación que se presentaba a San Martín para llevar a buen término esta campaña distaba mucho de ser halagüeña. Hasta ese momento el Libertador contaba sólo con la gran fuerza moral que le habían proporcionado sus triunfos en Chile, presentándolo ante los pueblos oprimidos como el paladín de la libertad. Pero esto no bastaba para asegurarle el éxito en la nueva empresa. Faltábanle los elementos adecuados a la naturaleza de la operación a emprender. La reducida cantidad de tropas que pudo darle el gobierno chileno y los exiguos efectivos del Ejército de los Andes no le permitían aventurarse en operaciones ofensivas, en tierras extrañas tan alejadas de las bases de operaciones, mientras no se acrecentase primeramente el volumen de las fuerzas y de los medios en la proporción que esta campaña exigía.

Además, con el ejército de Belgrano no se podía contar con bases seguras. Bien sabía San Martín que al ser llamado aquél para intervenir en la contienda civil de nuestro litoral, no tardaría en ser absorbido inevitablemente por la anarquía, sin que pudiera volverse a contar con él ni siquiera para respaldar a las guerrillas de Güemes frente a nuevas incursiones de los realistas del Alto Perú, como ocurrió después en la realidad (sublevación de Arequito).

Esperar, por otra parte, a que Chile, tan enredado ya por sus problemas políticos internos, aumentase los recursos que había proporcionado, significaba exponerse al abandono de la expedición, con la consiguiente disolución de las únicas fuerzas reunidas hasta ese momento a costa de tantos sacrificios y que constituían los únicos pilares en que descansaba la tan precaria independencia de Chile y de las Provincias del Plata. Y esas fuerzas no sobrepasaban de 4.314 hombres de tierra y 1.600 de mar.

No quedaba, pues, otra solución que trasladarse al Perú cuanto antes con los pocos efectivos disponibles y tratar de aumentarlos con los reclutamientos a efectuar en el nuevo teatro de guerra. Recién entonces sería posible iniciar operaciones en gran escala.

Es evidente que éste era el pensamiento predominante desde tiempo antes en la mente de los principales dirigentes revolucionarios de ambos lados de los Andes, empeñados en la realización de esta empresa, como se comprueba por la carta de Guido del año 1819, cuando al transmitir al Libertador las instrucciones de la Logia Lautaro relativas a la expedición, le decía:

“Nuestra situación es tal, que si tirando un dado a la fortuna no salimos a buscar recursos al Perú, vamos a perecer de consunción, y llegará el tiempo en que las fuerzas actuales no bastarán ni aún para la seguridad de este país”.

Estos obstáculos insuperables obligaban por fuerza a dividir la campaña en dos fases: una preliminar para obtener fuer-

zas y recursos en el Perú, para lo cual se llevaría armamento como para proveer a 15.000 hombres más; la otra fase entrañaría la búsqueda de la decisión final.

La primera requería tiempo; pero ello no significaba en modo alguno un perjuicio, desde que se presentaba la posibilidad de establecer la cooperación con las fuerzas de Colombia, ya que el Libertador del Norte, después de su victoria de Boyacá había decidido marchar sobre Quito, según la comunicación que oportunamente dirigiera San Martín a O'Higgins. De este modo, si a pesar de todo los efectivos del libertador argentino llegaran a resultar insuficientes, siempre quedaba el recurso de conectar las operaciones de ambas corrientes revolucionarias.

En todo caso, cuanto mayor fuese el tiempo que se pudiese disponer, más aumentarían las probabilidades de conquistar el triunfo definitivo. El problema estratégico era, pues, para San Martín cuestión de tiempo, a la inversa que para los realistas, quienes por encontrarse en la línea interior, eran apremiados por la necesidad de derrotar cuanto antes y aisladamente a cada uno de sus dos adversarios, antes de que éstos lograsen reducir las distancias que los separaban y pudiesen operar su convergencia. Pero, eso sí, el tiempo a ganar por San Martín debía obtenerlo fuera del territorio chileno. De lo contrario, la anarquía que ya se vislumbraba en el horizonte político de este país podía disolver las unidades patriotas, como ya estaba ocurriendo en las provincias argentinas con las que antes lucharon por la independencia.

En consecuencia, el libertador no podía proyectar al principio más que las operaciones correspondientes a la primera fase de esta campaña, cuyo objetivo principal era: revolucionar el Perú, extraer de su territorio los hombres y recursos necesarios para acrecentar las fuerzas militares y crear el frente interno anti-realista, asegurándose así las mejores condiciones para afrontar las posteriores operaciones decisivas.

Ahora bien, el tiempo requerido por estas actividades preliminares, se traduciría en largas esperas, durante las cuales no sería posible mantener permanentemente embarcado al ejército

expedicionario. La necesidad imprescindible de tomar tierra, haría peligrar por otra parte una larga estada de aquél en la costa, puesto que ello facilitaría al adversario la concentración de fuerzas importantes, una vez localizado el lugar de la invasión, para asestar un golpe mortal a los independientes antes de que éstos pudieran ser reforzados.

Para contrarrestar esta eventualidad, no quedaba otro recurso que simular desembarcos en distintos puntos, maniobrando desde el mar en forma elástica para desorientar al enemigo y sumirlo en la incertidumbre, con lo cual se le obligaba también a mantener dispersas sus tropas en la enorme extensión del territorio peruano. De este modo, el desembarco definitivo de los independientes se efectuaría en un lugar adecuado, recién cuando las condiciones se tornasen favorables.

En cuanto a la obtención de recursos en hombres, materiales, víveres, etc., ella demandaría el envío de expediciones al interior del territorio peruano, conjuntamente con la realización de sucesivos golpes de mano en distintos lugares de su litoral marítimo, operaciones estas que servirían a la par para simular los desembarcos proyectados. Para esto último se contaba con el apoyo de la escuadra, la que al mismo tiempo inmovilizaría a la flota realista en su fondeadero del Callao mediante un bloqueo.

Desde luego, no se debía descartar la posibilidad de emprender operaciones ofensivas importantes, si llegara a brindarse alguna oportunidad favorable para ello. En todo caso, las previsiones no podrían ajustarse a planes extensos y rígidos, expuestos a ser desbaratados por cualquier factor imprevisto, sino que debían ser muy flexibles y fácilmente adaptables a las contingencias que la misma guerra fuese presentando. Así lo comprendió San Martín y concretó su plan de la siguiente manera:

- 1º) Terminar la campaña naval del Pacífico, emprendida por el almirante Cochrane, hasta asegurar totalmente el dominio del mar.
- 2º) Trasladar las fuerzas expedicionarias hacia las costas peruanas, escoltadas por la escuadra independiente.

- 3º) Efectuar la primera demostración ofensiva desde la bahía de Paracas, apoderándose del puerto de Pisco (200 kms. al S. de Lima).
- 4º) Después de limpiar de enemigos la región circundante de Pisco, destacar una expedición a la sierra (región de los valles de Jauja) con el objeto de propagar la revolución mostrando la efectividad de la invasión de los patriotas, y sublevar toda la región de los valles intercordilleranos, reclutando simultáneamente la mayor cantidad posible de efectivos para el ejército.
- 5º) Desplazar luego hacia el norte por mar el grueso de las fuerzas expedicionarias hacia la bahía de Ancon, donde se efectuaría una demostración ofensiva en menor escala, para obtener recursos.
- 6º) Maniobrar a continuación por mar hacia el puerto de Huacho, situado a 150 km. al N. del Callao, donde si las circunstancias lo permitían se realizaría el desembarco definitivo del ejército. En ese lugar se operaría la reunión con la división destacada desde Pisco a la sierra.
- 7º) Una vez desembarcadas las fuerzas se avanzaría sobre Lima, primer objetivo importante a alcanzar.
- 8º) Eventualmente, facilitar el avance de Bolívar hacia el Sur, para operar conjuntamente, si las operaciones iniciales no contasen con circunstancias favorables para lograr un primer éxito de gran repercusión moral.
- 9º) Una cooperación de fuerzas argentinas desde el Alto Perú sería muy beneficiosa, puesto que sólo así podría inmovilizarse al ejército de Ramírez impidiéndole concurrir a reforzar las tropas del virrey (San Martín no podía dejar de contemplar este auxilio complementario, para lo cual dirigió reiterados pedidos al coronel Bernabé Aráoz, que se había erigido en árbitro de la situación en las provincias del norte argentino,

como también el general Güemes, para que destinasen una división de 1.000 hombres contra el Alto Perú. Pero, a pesar del empeño puesto por ambos gobernantes para responder al llamado de San Martín, se estrellaron todos sus esfuerzos frente al avance incontenible de la anarquía, que no tardó en absorber también a aquellas provincias).

* * *

El plan de San Martín se cumplió, en esta primera etapa, tal como se había previsto. La expedición partió de Valparaíso el 20 de agosto de 1820 y desembarcó en Pisco. Desde este puerto se destacó una expedición a la sierra, a órdenes de Arenales con la finalidad expresada en el plan, expedición que desplazándose por los valles intercordilleranos hacia el N. O., debía luego buscar su reunión con el grueso del ejército patriota al N. de Lima.

Arenales marchó en cumplimiento de su misión y obtuvo el triunfo de Pasco en un breve combate contra una división realista el 6 de diciembre de 1820. Posteriormente se reunió con San Martín, tal como se había planeado, pero su incursión no logró los resultados buscados, dado que, si bien consiguió sublevar la región de la sierra, no alcanzó a reclutar los efectivos deseados. Los nativos se negaban a abandonar sus tierras.

Entretanto, el grueso del ejército independiente reembarcado se dirigió a la bahía de Ancón. El 20 de octubre desembarcó un destacamento de 260 infantes y 40 jinetes para ocupar Chancay y procurarse víveres y caballos. Sorprendido este destacamento por fuerzas enemigas muy superiores, obtuvo no obstante una victoria que le permitió reembarcarse llevando consigo los elementos requisados.

Simultáneamente, Lord Cochrane realizaba su famoso golpe de mano contra el puerto del Callao, logrando apresar la fragata "La Esmeralda" y destruir varios buques enemigos, lo

que redujo las actividades navales de los realistas a una defensa pasiva en la misma bahía al amparo de la fortaleza.

El 9 de noviembre la expedición levó anclas abandonando la bahía de Ancón y se dirigió al puerto de Huacho, situado 150 kms. al N. del Callao. Allí desembarcaron todas las fuerzas patriotas y se emplazaron a continuación en el valle de Huaura.

Mientras tanto, el virrey Pezuela concentró 7.000 hombres al N. de Lima, pero San Martín con una serie de maniobras logró estrechar distancias y estableció el sitio de la capital, que completó Cochrane, bloqueando el Callao.

Esta operación indujo al virrey a abandonar la ciudad y replegarse hacia el valle de Jauja buscando su reunión con las fuerzas concentradas en dicha región. De este modo San Martín logró ocupar la ciudad de Lima, volcando la opinión peruana hacia la independencia, la que declaró al año siguiente (28 de julio de 1821). A partir de este momento, sólo quedaba en poder de los españoles la fortaleza del Callao, los valles de Jauja y Cuzco, el Alto Perú y las provincias meridionales peruanas.

De esta manera había logrado San Martín su anhelado éxito de gran repercusión moral. La expulsión del virrey de su propia capital y la declaración de la independencia peruana. Todo ello sin exponerse a acciones decisivas que no hubiese podido afrontar con sus escasos efectivos, y en base a pequeños combates de destacamentos, que en todos los casos resultaron triunfantes.

Pero, con todo, la situación distaba mucho de ser ventajosa para el Libertador. Durante su permanencia en la región de la costa, sus tropas habían sido diezgadas por las fiebres palúdicas y sus efectivos no sobrepasaban ya de 3.000 hombres. En cuanto al reclutamiento de contingentes peruanos, sólo había obtenido la incorporación del batallón Numancia, fuerte de 700 plazas y algunos centenares de reclutas nativos, faltos de instrucción militar. Algunos contingentes de guerrilleros se negaron a someterse a la rígida disciplina del ejército y prefirieron cooperar libremente.

En ese ínterin, San Martín autorizó al almirante Cochrane, a propuesta de éste, para llevar a cabo una expedición a los Puertos Intermedios. La escuadra maniobró conjuntamente con un destacamento al mando del Tcnl. Miller mientras el Libertador aprovechaba esta operación para disimular una nueva campaña de Arenales a la Sierra. La expedición a Puertos Intermedios no produjo el resultado esperado a causa de que el almirante Cochrane perdió de vista el objetivo principal, que era cooperar con la maniobra de la Sierra. Por su parte el Tcnl. Miller derrotó a algunos destacamentos enemigos, interceptó las comunicaciones entre la capital y las provincias meridionales del Perú, distrajo fuerzas enemigas hacia Tacna y Arica y propagó la revolución lo que obligó al Virrey a mantener fuerzas en esa zona y le impidió reunir las que había concentrado en la región de Jauja.

En cuanto a la segunda expedición de Arenales, que pudo alcanzar victorias basado en las circunstancias favorables que se le presentaron, fracasó debido a una errónea interpretación de las órdenes impartidas por San Martín.

A fines de agosto de 1821, el Virrey dispuso el envío de una expedición de auxilio para liberar a la guarnición del Callao y rescatar la capital.

Una fuerza de 4.500 hombres, comandados por el general Canterac, partió de Jauja a principios de septiembre y a marchas forzadas alcanzó la región al S. de Lima.

San Martín no se hallaba en condiciones de librar batalla con este inesperado adversario. Los efectivos disponibles no sobrepasaban de 3.000 hombres, de los cuales una cuarta parte se hallaba integrada por reclutas carentes de instrucción.

Resuelto a engañar al enemigo con una de sus famosas estratagemas, emplazó su ejército sobre la margen N. del Río Surco, a unos 8 kms. al S. de los arrabales de Lima. En el dispositivo adoptado, San Martín dejó libre deliberadamente un espacio de algunos kms. entre su ala oeste y el mar, como invitando a Canterac a que se introdujese por allí en procura del envolvimiento del ala de los patriotas. Así lo hizo Can-

terac, y cuando se aprestaba a atacar el flanco de los independientes, se encontró con que éstos le estaban dando frente con todas las fuerzas. Mediante una maniobra preparada de antemano y que dirigió el general Las Heras personalmente, el ejército patriota colocó a los expedicionarios de la sierra con sus espaldas contra el mar y sin espacio para maniobrar. Canterac quiso superar su crítica situación. Esperó a la noche y se corrió hacia el N. buscando nuevamente el flanco derecho patriota. Al amanecer, cuando se disponía a iniciar su ataque, halló a su adversario en otra situación. También éste se había desplazado durante la noche y amenazaba ahora el ala N. de los realistas. El jefe español no tuvo más remedio que eludir un combate que lo tomaba en muy desfavorables condiciones y desprendiéndose rápidamente se dirigió a refugiarse en la fortaleza del Callao. Cuando San Martín vio esta actitud de su rival se frotó las manos exclamando: "Están perdidos. El Callao es nuestro. No tienen víveres para 15 días. Los auxiliares de la Sierra se los van a comer. Dentro de ocho días, tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas". Y exactamente 8 días después, la guarnición de la fortaleza, abandonada por Canterac que huyó hacia la sierra con sus tropas, se rindió a discreción.

De este modo, salvó el general San Martín una de las situaciones más críticas de su carrera y obtuvo una victoria increíble sin disparar un solo tiro. Y sólo la ignorancia de quienes le criticaron en esta emergencia pudo inducirles a medir la actitud del Libertador a través de un enfoque aviesamente deformado.

En efecto: el procedimiento de guerra que estuvo en auge en la segunda mitad del siglo XVII y primera del XVIII y que San Martín vio emplear como excepción a comienzos del XIX en la campaña contra Portugal, fue precisamente éste, el de la maniobra sin batalla. En estos casos, el ejército que disponía de superioridad numérica buscaba, mediante hábiles desplazamientos, de encerrar a su adversario y colocarlo en situación de tener que rendirse, sin combatir. Se trataba así de obtener el triunfo sin derramamiento de sangre. Tan es así, que toda la bibliografía militar de la época ha exaltado esta

maniobra clasificándola como "la suprema aspiración del arte militar". De manera que en el Perú, no hizo San Martín otra cosa que aplicar un procedimiento empleado por la Estrategia hasta pocos años antes de su partida de Europa; pero le cabe el mérito de haberlo utilizado en una situación de fisonomía muy particular, extremadamente peligrosa y con características exclusivamente personales, puesto que, sin disponer de la superioridad numérica ni de condiciones favorables, arrebató la victoria de manos de sus enemigos, que por lo visto habían olvidado ya este sistema de guerra, desconocido en absoluto para los generales americanos, que por ignorancia llegaron a dudar de su jefe.

Decidido ya el Libertador argentino a esperar el concurso de Bolívar, dado que la insuficiencia de sus medios no le permitían encarar la fase decisiva de esta campaña, dispuso que una división de 1.500 hombres a órdenes del coronel Andrés Santa Cruz reforzara al general Sucre que acababa de llegar por mar a Guayaquil, en un intento de abrir el camino de Pasto a las fuerzas de Bolívar, contenidas allí por la denodada resistencia de fuertes núcleos españoles, mediante un ataque contra éstos desde el S. y por retaguardia. Esta operación dispuesta por el Libertador del Norte, quien pidió auxilio a San Martín, originó la denominada campaña de Quito, en la que Lavalle obtuvo el resonante triunfo de Río Bamba, y toda la expedición la victoria decisiva de Pichincha.

Abierto el camino a los patriotas del Norte, San Martín se trasladó a Guayaquil a mediados de julio de 1822, con el fin de concertar con Bolívar la prosecución de la campaña.

Antes de partir y alentado por el éxito de la campaña de Quito, San Martín había proyectado las nuevas operaciones a realizar en la siguiente forma:

- a) Una operación frontal, que debía ejecutarse desde los Puertos Intermedios con un ejército de efectivos argentinos, chilenos y peruanos, totalizando 4.300 hombres, al mando del general Rudecindo Alvarado, tendría la misión de alcanzar Arequipa y Cuzco para in-

troducirse como una cuña en medio del dispositivo general enemigo, con miras a la ulterior conquista del Alto Perú.

- b) Una expedición de 1.000 hombres a enviar por el gobierno chileno debía cooperar desde Arica con la maniobra de Alvarado.
- c) Simultáneamente otro ejército, a las órdenes de Arenales y constituido con unidades creadas en Trujillo, más la división peruano-argentina que acababa de actuar en la campaña de Quito y las fuerzas que enviase el Libertador Bolívar, maniobraría por el N. del dispositivo realista amenazando su flanco para impedirle reforzar su centro.
- d) Asimismo, debería cooperar desde el Alto Perú con una demostración igual sobre el flanco S. del enemigo el guerrillero Lanza, que operaba en esa región con 900 hombres.
- e) Complementariamente, se requeriría el concurso de los gobernadores de las provincias argentinas norteafricanas para que contribuyesen con una división de 500 hombres interviniendo sobre la frontera del Alto Perú.
- f) Una guerra de corso a efectuar con la naciente escuadra peruana atacando al comercio español, complementaría eventualmente estas acciones en el caso de que la resistencia española se prolongase mayor tiempo del previsto.

Este plan, si bien sencillo en su concepción, era sin embargo de muy difícil aplicación, debido a la naturaleza del teatro de operaciones, cuya enorme extensión, las precarias comunicaciones de la época y las desmesuradas distancias que separaban a los diversos núcleos operativos que debían actuar casi sincronizando sus movimientos, no garantizaban la simultaneidad de las maniobras convergentes, ni la cooperación oportuna entre todos ellos. Aparte de esto, los efectivos que facilitaría Bolívar dependían de las gestiones a realizar en la entrevista de Guayaquil. Tampoco se podía contar con seguridad con los refuerzos

de Chile y mucho más problemático aún era el concurso de las provincias argentinas terriblemente azotadas por la anarquía.

Sin embargo, aún limitando las acciones de este plan a lo que la realidad podría permitir, es decir, aferramiento desde el mar por las fuerzas de Alvarado, convergencia desde el N. de los efectivos previstos por San Martín con el refuerzo de los contingentes colombianos y convergencia desde el S. de los guerrilleros de Lanza, se podía alcanzar la victoria en un plazo mucho más breve que el que demandó la continuación de la guerra. Y en efecto, aplicando el plan de San Martín muy cercenado, como se hizo en la realidad y sin la intervención de su autor, falto de armonización y sincronización en los movimientos, se logró la victoria decisiva en los campos de Ayacucho un año y medio después de haber sido concebido dicho plan, lo que evidencia que si el mismo se hubiese aplicado en su planteo original, la guerra de la independencia hubiera terminado mucho antes.

Como es sabido el aspecto político de la marcha de la revolución malogró los resultados que se esperaban de la conferencia de Guayaquil, lo que decidió a San Martín a abdicar y alejarse del Perú a fin de dejar el campo libre a Bolívar, para que éste terminase la campaña.

* * *

De la estrategia aplicada por el general San Martín en la expedición libertadora al Perú surgen valiosas enseñanzas, que la brevedad del tiempo disponible no me permite tratar en detalle y con la debida extensión. No obstante, a las que ya hemos podido aquilatar a través de esta exposición, añadiremos sintéticamente algunas de las más interesantes.

En primer término, observemos que el Libertador argentino es el primer conductor americano que modifica substancialmente los sistemas de guerra aplicados hasta entonces en toda la dimensión del Nuevo Mundo, sistemas caracterizados por la maniobra frontal que busca directamente al enemigo y por las batallas del orden paralelo con muy esporádicas y cautelosas tentativas de envolvimiento, a pesar de que en los tea-

tros de guerra europeos Napoleón acababa de asombrar al mundo entero, fincando sus victorias en su desapego a la rígida perpendicularidad de las bases de operaciones para lanzarse en atrevidas maniobras de envolvimiento estratégico, en audaces operaciones por línea interior y en batallas envolventes, sin descartar las de frente invertido.

San Lorenzo y Chacabuco habían mostrado ya a nuestro Gran Capitán desligándose del lastre de los procedimientos anticuados de sus adversarios, para aventurarse temerariamente en busca de las maniobras de cerco en los Andes y en Chile. Y si bien en Maipo comenzó la lucha con el viejo orden paralelo, durante el desarrollo de las acciones tácticas se pasó paulatinamente al orden oblicuo de Federico el Grande, para llegar a la victoria con el envolvimiento napoleónico.

En cuanto a la estrategia aplicada en la campaña de Perú, su concepción es de evidente fisonomía napoleónica, pero aplicada en condiciones jamás lograda por el Emperador de los franceses. En el Perú, la maniobra envolvente buscó el camino del mar, previa derrota de la flota enemiga, para aplicar a continuación un procedimiento desconocido en la época hasta por los principales ejércitos de Europa: las demostraciones elásticamente ofensivas desde el mar, combinadas con incursiones al interior del territorio dominado por el enemigo, para obligar a éste a desparramar sus fuerzas y hacer así posible la invasión sin que aquél pudiese impedirlo. Con este sistema San Martín se anticipó en un siglo y cuarto a la evolución normal de los procedimientos bélicos, como lo demuestran las operaciones de comando, que recién aparecieron en el escenario de la guerra durante la segunda conflagración mundial de este siglo.

Este proceder, que en la guerra terrestre y particularmente en la de montaña, el Capitán de los Andes había utilizado también, aunque adaptado a las modalidades impuestas por el escenario geográfico, y al que sumó la ofensiva previa contra el frente interno del adversario (guerra de zapa), pone de relieve en el general San Martín una de las virtudes máximas exigibles a un verdadero conductor de guerra y que sólo había sido

hasta entonces patrimonio exclusivo de los más grandes capitanes de la Historia: una poderosa imaginación creadora, sabiamente adaptada a la situación, al teatro de operaciones, a los medios en juego y a las circunstancias precisas de cada momento.

La concepción estratégica en que se basó la expedición libertadora al Perú, nos muestra a un profundo conocedor de la naturaleza de la guerra que enfrenta y sabe sacar de ello el mejor partido. Por eso no ajusta su acción a ningún plan rígido ni a ideas preconcebidas, que luego pudiesen derribar los factores imprevistos. Su mentalidad estratégica es flexible y adaptable a las modalidades que el curso de los acontecimientos va imprimiendo a las actividades bélicas. El sabe que marcha hacia lo imprevisto. Tira un dado a la fortuna, tal como le dijera Guido en su carta. Pero cuenta para ello con el poderoso factor moral que ha conquistado con su prestigio guerrero y con la justicia de la causa que defiende, causa que exalta hasta la sublimación el sentimiento patriótico de los pueblos oprimidos y el coraje de sus ejércitos. Es esta una experiencia que obtuvo en España cuando vio luchar y luchó con ellos a los soldados peninsulares defendiendo su tierra natal contra la invasión napoleónica, con un patriotismo, un valor y una tenacidad, que ahora no ve en los mismos hombres porque luchan por un derecho monárquico que a ellos mismos no les convence.

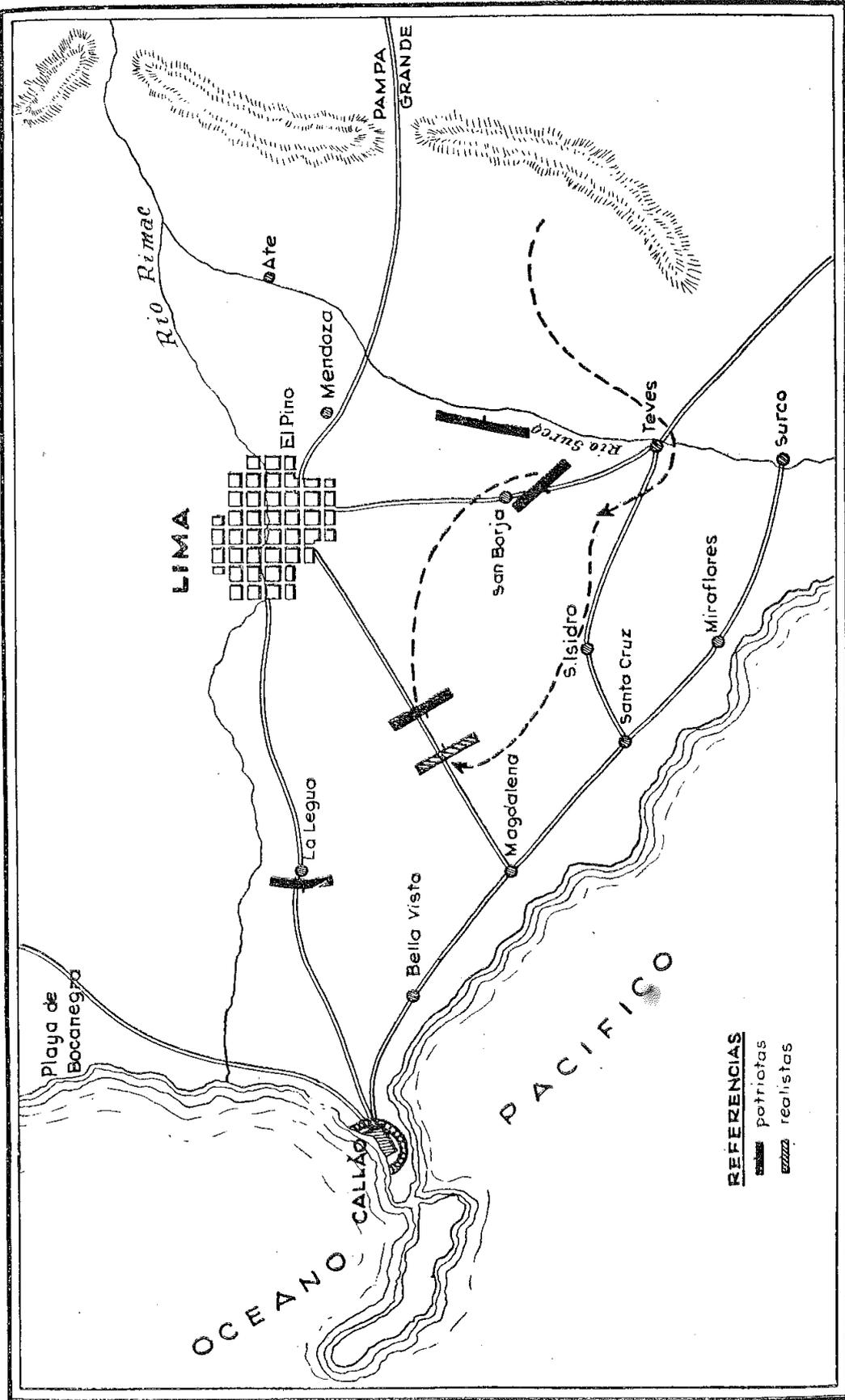
Cuenta también con sus procedimientos, que sabe crear y aplicar magistralmente, enseñándonos con cada una de sus proezas que la guerra no es una pugna entre distintas técnicas de conducción, sino una lucha de voluntades, en la que triunfa aquella que aprovecha mejor y más rápidamente las circunstancias precisas que configuran a cada situación. Por esa misma razón es que no le vemos repetirse ni imitarse a sí mismo en ninguna de sus acciones y es ésta otra de sus valiosas lecciones; no busca ni aplica fórmulas **standard** en forma sistemática y por igual para todos los casos, a fin de no proporcionar al adversario la oportunidad de encontrar su talón de Aquiles. Cada una de sus batallas, como también cada una de sus maniobras, difieren entre sí, en cuanto a fisonomía y

procedimientos, en forma diametralmente opuesta. Sabía muy bien, que el conductor que crea y abusa de un procedimiento personal aplicándolo en forma constante, termina por ser derribado por el adversario tan pronto como éste, a fuerza de buscarlo, descubre el punto vulnerable de tal proceder.

En la maniobra de Lima, que finaliza con la conquista del Callao, como hemos podido apreciar a través de un rápido vistazo, nos deja como enseñanza que, hasta con procedimientos antiguos en desuso, que toman al adversario sorpresivamente, se puede conquistar también la victoria. Todo radica en saber hallar el más adecuado al momento que se está enfrentando, y adaptarlo hábilmente. En el caso señalado fue la maniobra sin batalla. En otros puede ser el uso del fuego, incendios, inundaciones artificiales y hasta el caballo de Troya, si se sabe modernizar el procedimiento.

Sus concepciones estratégicas desconcertaron siempre a los generales americanos, lo mismo que a sus adversarios. Su plan continental adquirió en la época un sabor de fantasía novelesca. Sin embargo, la campaña de los Andes con la travesía de una de las cordilleras más elevadas del mundo, la liberación de Chile, el dominio del Océano Pacífico con la derrota de la más poderosa flota de guerra que surcara los mares del Sur, la invasión del Perú con 4.500 hombres a pesar de estar defendido por 23.000 soldados aguerridos, la ocupación de Lima y la toma del Callao ahuyentando al enemigo sin disparar un tiro y el último plan concebido por su poderosa mentalidad, el que aplicado aún después de haber sido cercenado obtuvo la victoria definitiva pone ante nuestros ojos una evidencia increíble: la posibilidad de lo imposible. Y nos entrega la más formidable de sus enseñanzas:

En la guerra no hay soluciones imposibles. Sólo hay conductores capaces o incapaces de concebirlas y de llevarlas a cabo con firme decisión, con la máxima energía y con audacia rayana en la temeridad.



REVISTA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Año XXXVI :: ENERO - MARZO 1958 :: No. 328

Sumario

LAS GUERRAS DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA. CAMPAÑA DE BOLIVAR EN EL AÑO 1813, EN VENEZUELA. (ENERO A AGOSTO). Por el General de Brigada (R. A.) Ernesto Florit	5
LA ESTRATEGIA DEL GENERAL SAN MARTIN EN EL PERU Y SUS ENSEÑANZAS. Por el Coronel (R. A.) Leopoldo R. Ornstein	40
LA JUNTA INTERAMERICANA DE DEFENSA. Por el Coronel del Ejército Peruano Máximo Verástegui	65
LAS OPERACIONES ANGLO-FRANCESAS CONTRA PORT-SAID. (NOVIEMBRE DE 1956). Por el Teniente Coronel del Ejército Francés François Pierre Badie	76
ALGUNOS ASPECTOS DE LA ESTRATEGIA Y DE LA TACTICA, APLICADOS POR EL VIET-MINH DURANTE LA CAMPAÑA DE INDOCHINA. Por el Teniente Coronel del Ejército Francés Patrice de Naurois	97
ESTRATEGIA Y TACTICA. Por el Coronel Carlos Jorge Rosas	129
DEFENSA ANTIAEREA MODERNA DE GRANDES OBJETIVOS. Por el Teniente Coronel Miguel Angel Montes	153
TECNICAS MODERNAS DE TELECOMUNICACIONES MILITARES. Por el Teniente Coronel Alberto Nieto	167
INFLUENCIA DE LOS TRANSPORTES EN LA DETERMINACION DE LAS ZONAS DE CONCENTRACION Y DE LAS ZONAS DE REUNION DE ABASTECIMIENTO. Por el Mayor Manuel Rodríguez	182

La Dirección de la Revista deja a sus colaboradores la entera responsabilidad de las opiniones o juicios vertidos, a cuyo fin, cuando no sean artículos de la Dirección, las colaboraciones aparecerán con el nombre del autor.